

UN PEQUEÑO GRAN PUEBLO

Escrito por Fran Perejón, adaptando “El pueblito” de Silvia Schujer

Justo en mitad del mundo hay un pueblo tan pequeño que la mayoría de la gente lo conoce como “el pequeño pueblo”. No solo su tamaño es lo que lo diferencia de los demás pueblos y ciudades del mundo, sino también sus costumbres y su gente.

Por ejemplo, todos sus habitantes se conocen de memoria. Son capaces de ver una cara y decir “Este es del pueblo” o decir “Este es de fuera” y, si lo conocen, dicen “pues este es hijo o nieto de fulanito, de menganito... o de zutanito”. También tienen motes para casi todo el mundo, muchos de ellos realmente divertidos.

La gente de este pueblo vive agrupada en familias. Y no de esas en las que son dos o tres, sino que incluyen a todos los primos primeros, segundos y terceros, sin olvidar a suegros, cuñados, bisnietos... Y por poco cuentan a las mascotas y hasta las plantas de las macetas de sus bonitos patios.

A pesar de estar justo en mitad del mundo, este pequeño pueblo es un lugar muy poco visitado. Hay quienes no van porque opinan que es demasiado tranquilo y aburrido: no hay gentío por las calles, no hay edificios altos, ni centros comerciales o fábricas.

¿Y qué cosa os creéis que ocurrió sin venir a cuento? Pues que una mañana soleada llegó al pequeño pueblo un señor nada joven, bigotón, patilludo y con cara de rueda de molino... Por todo equipaje traía una cámara de fotos y un maletín bien grande. El extranjero caminaba más tieso que un palo de escoba y más serio que el manual de instrucciones de una calculadora.

Los pueblerinos lo recibieron con bombos y platillos porque, al verlo caminar con aquel semblante por mitad de la calle central, imaginaron que era alguien importante.

El extranjero se acercó muy serio al primer grupo de vecinos que se le puso por delante.

– Soy un gran mecenas – dijo con voz distinguida. Los pueblerinos lo miraron sin entender.

– Es decir... – aclaró el señor, levantando la barbilla – Soy un ilustrado experto macro-empresario de finanzas económicas y marketing que sabe mucho de grandes bienes, patrimonios y licencias de urbanismo al por mayor.

Como aquella retahíla de palabrejas parecía tan importante, se ofrecieron a ayudarlo en lo que necesitara.

– Quiero ubicar un gran polígono empresarial en este pueblo – dijo el extranjero – Voy a conseguir que a este páramo abandonado llegue el barullo de las grandes urbes, fábricas que echen humo día y noche, edificios de cien pisos y centros comerciales con cine, bolera y McDonald's en la puerta. Todo eso. Pero para que sea rentable, primero tengo que hacerlos famosos en todo el mundo y conseguir que vengan muchos visitantes y "visitantas".

Los pueblerinos lo escuchaban atentos, con la boca abierta, sin entender lo importante que sería todo aquello que el señor decía.

– ¡Necesito que me muestren los monumentos, paisajes y rincones peculiares de este pueblo! Mis fotos aparecerán en redes sociales que el mundo entero verá y querrá conocer. – y, levantando aún más la barbilla y un dedo, ordenó – Traedme al individuo que mande por aquí.

Los habitantes le trajeron a la Alcaldesa.

La Alcaldesa lo acompañó hasta una iglesia que estaba en el centro del pueblo y le dijo – Este es uno de los edificios más bellos de nuestra localidad. Dentro está nuestra querida Patrona. Y al cruzar la calle destaca la Casa Palacio, con su patio de arcos, columnas y...

– ¡Stop! – gritó el señor – No me cuente más. Lo siento, no me gusta ni un pelo su iglesia ¡Le falta una de las tres naves! ¡Está incompleta! Fuera, fuera esta birria. Es diferente y, en mi opinión, todo lo diferente es feo. Quítenla de mi vista. Quiero ver otra cosa, rápido.

– ¡Será “esaborío”, el tío! – pensó la Alcaldesa.

La Alcaldesa llevó al extranjero a otro lugar del pueblo y le dijo – Estas son las capillas de nuestras dos hermandades de Semana Santa. ¿Verdad que son bonitas? Además, al lado hay una plaza con un monumento de una virgen que cientos de vecinos visitan en la romería de...

– ¡Stop! – gritó el señor – No me cuente más. No quiero saberlo. Sus capillas no me gustan ni un poco siquiera. ¿Y las dos juntas? ¿No podían ponerse cada una en una punta del pueblo? ¡Fuera, fuera! No me gusta. A otro sitio y rapidito.

– ¡Será “pamplinoso”, el tío! – pensó la Alcaldesa.

El extranjero y la Alcaldesa realizaron una visita a todos los comercios, restaurantes y bares, para finalizar en un gran hotel situado en la entrada del pueblo. Allí le dijo – Este edificio tan alto es el mayor establecimiento turístico de nuestro pueblo y de todos los alrededores. Y ya ha podido conocer los productos y la gastronomía de nuestros maravillosos negocios, que además cada año participan en una Ruta que...

– ¡Stop! – gritó el señor – No me cuente más. ¿Solo tienen un hotel? ¿Uno solo? ¡Qué despropósito! ¿Y qué pasará cuando se llene de visitantes? ¿Subimos a los que sobren a la azotea? ¡Qué poca seriedad! Lléveme a otro lugar antes de que me arrepienta de haber venido, señora.

– ¡Será “papafrita”, el tío! – pensó la Alcaldesa.

La Alcaldesa acompañó al extranjero a las afueras del pueblo, a un mirador. Allí le dijo – Desde aquí puedes ver el maravilloso río de nuestro pueblo. Junto a él discurre un sinuoso corredor natural por el que puedes pasear mientras escuchas a los pajarillos, ves pastar a los caballos y...

– ¡Stop! – gritó el señor – No me cuente más. ¿Pero esto qué es? Eso no es un río, ¡eso es un arroyo! Y desde aquí veo demasiados campos de olivos. ¡Será caro arrancar tantos árboles para mi proyecto empresarial! ¡No, no, no! Otra cosa, otra cosa.

– ¡Será “malaje”, el tío! – pensó la Alcaldesa.

La Alcaldesa llevó al extranjero a una ermita que había a las afueras del pequeño pueblo. Allí le dijo –Estas son las ruinas de un antiguo templo mudéjar y junto a él podemos observar su impresionante hacienda. También tenemos otra ermita que está en...

– ¡Stop! – gritó el señor – No me cuente más. ¿Pero qué clase de montón de escombros es este? Pero si parece que se vaya a caer en cualquier momento. ¡Qué pesadilla! ¡Qué bochorno!

– ¡Será “vaina”, el tío! – pensó la Alcaldesa.

El extranjero preguntó si acaso no tenían mares con playas paradisíacas, montes nevados, selvas tropicales, catedrales centenarias o grandes museos con obras de arte reconocidas internacionalmente.

– Pues, mire usted, la verdad es que no –dijo la Alcaldesa, que ya empezaba a cansarse de aquel señor tan inculto y maleducado.

– Muy señora mía, con todos mis respetos... ¡su pueblo es una porquería! ¡Es una soberana porquería! ¡Es una porquería de dimensiones épicas! – gruñó el señor.

Y la Alcaldesa, ni corta ni perezosa, le zampó en toda su cara – Y usted

es un “esaborío”, un “pamplinoso”, un “papafrita”, un “malaje” y, además de “vaina”... ¡Es un “vaina pelao”!

Al oír la discusión desde su estudio, un joven pintor del pueblo cogió un lienzo y lo colocó en mitad de la calle central.

Con trazo firme, el joven pintó un hermoso paisaje de playas cristalinas. Al instante, cambió el dibujo y aparecieron montañas y ríos. Luego, una jungla salpicada de animales salvajes. Y, al final, el templo más espectacular que cualquier persona pudiera imaginar.

– ¡Esto es lo que usted buscaba, señor? – gritó con orgullo.

El extranjero se quedó estupefacto, boquiabierto, petrificado, anonadado, confuso, perplejo... Su cara era todo un poema y no precisamente uno bueno.

A continuación, apareció un gran compositor de sevillanas, guitarra en mano. Se sentó en la acera y tocó una bella melodía que trasladaba a otra época y otro lugar. Una joven bailaora de rizado pelo negro comenzó a taconear al ritmo de la música. Y un cantaor flamenco los acompañó, al mismo tiempo que les hacía un retrato del revés. ¡Qué maravilla!

Muchos otros artistas y virtuosos de cientos de disciplinas distintas salieron de sus casas, cada uno haciendo lo que mejor se le daba. Montones de hombres y mujeres abarrotaron las calles en cuestión de minutos.

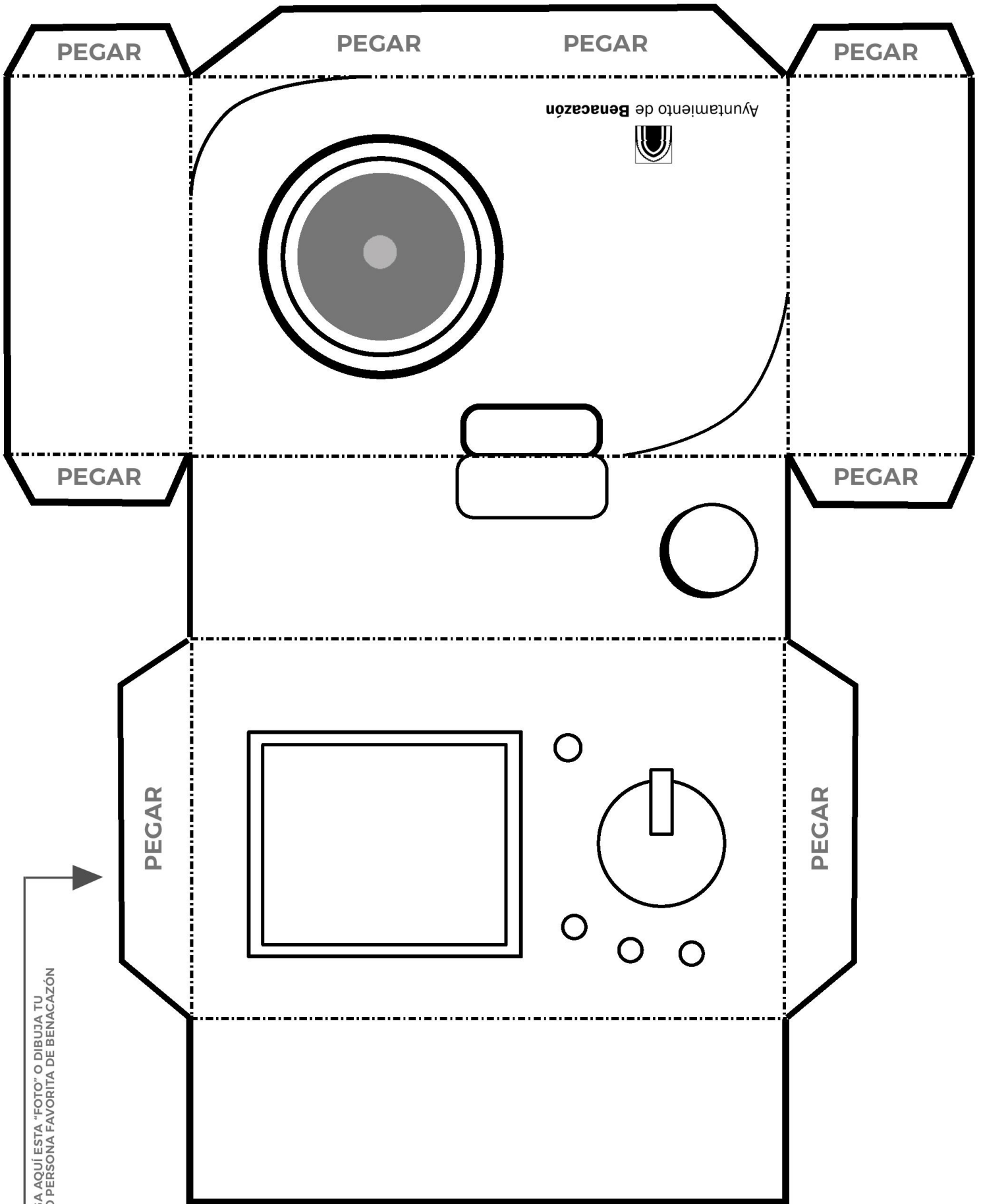
Había músicos, escritores, futbolistas, pintores, fotógrafos, jinetes, poetas, ciclistas, artesanos, contadores de cuentos y muchos otros talentos y capacidades extraordinarias. Todos rieron de felicidad y gritaron “oles” y “vivas” de alegría mientras se lo pasaban bomba.

– ¡Vea eso, “vaina pelao”! – se burló la Alcaldesa – ¡Mire todo lo que también tenemos! ¡Disfrute del espectáculo!

— ¿Qué broma es esta? A mí no me engañan con sus catetos embustes ¡Esas cosas no sirven para nada! — gritó enfadado el extranjero.

Y con la cámara de fotos y su gran maletín empezó a caminar hacia otra parte, abandonando el pequeño pueblo. "¡Esto es una porquería!", repetía a gritos mientras se alejaba.

Pero ya nadie podía escucharlo porque todos los pueblerinos estaban demasiado maravillados con sus propias cualidades. Desde ese día, este pequeño pueblo fue conocido en todo el mundo como el único lugar donde, gracias a su gente, cualquier cosa es posible.



Ayuntamiento de Bencazón



PEGAR

PEGAR

PEGAR

PEGAR

PEGAR

PEGAR

PEGAR

PEGAR

PEGA AQUÍ ESTA "FOTO" O DIBUJA TU
LUGAR O PERSONA FAVORITA DE BENCAZÓN



VIERNES DE CUENTACUENTOS

**UN PEQUEÑO
GRAN PUEBLO**